

NUEVAS PREGUNTAS A LA HISTORIA DE LA GESTA LIBERAL

Pablo Ospina*

La palabra revolución alude a un cambio. Pero no se trata de cualquier cambio, porque al fin y al cabo, todo cambia permanentemente y a cada instante. Revolución significa un cambio brusco y profundo. Momentos en que el tiempo histórico se acelera y durante el cual se afectan las condiciones estructurales de una sociedad, sean estas de organización social, económica, política o cultural. Esa brusquedad de la historia, esa compactación del tiempo social, ese devenir vertiginoso donde todo se volatiliza antes de haber podido solidificarse es lo que permite considerar a las revoluciones como hitos, puntos de quiebre de la historia aunque todos sepamos que el proceso histórico es una unidad en el tiempo.

Pero las revoluciones son también insurgencias de la voluntad. La imaginación de los hombres se convence de que todo es posible. Al fin la conciencia toma las riendas de la sociedad y se la puede dirigir en la dirección deseada. Por momentos, los hombres parecen liberarse de la mano muerta del pasado y ante la febril mirada de los revolucionarios, el futuro se presenta abierto, libre para ser escrito en total soberanía. Por eso toda revolución radicaliza a sus protagonistas; aparecen los profetas y los visionarios, aquellos inconformes e impacientes que buscan acelerar el paso de la vida.

Enrique Ayala se interroga, con una preocupación general en la izquierda de los años setenta; sobre el carácter de la revolución liberal y sobre el resultado de sus transformaciones en el Estado. La pregunta sobre el carácter de la revolución alude a una preocupación de la izquierda: el carácter de la sociedad ecuatoriana y las condiciones adelantadas para hacer una revolución socialista. En fin de cuentas, en qué consiste la revolución burguesa y cuál es el carácter de las alianzas de clase que surgieron para hacerla posible.

En torno a esa pregunta, Ayala analiza la revolución en tres planos: las estructuras económico sociales en las que se inserta; su desenvolvimiento político coyuntural; y las transformaciones en el Estado. Claramente, mirado desde el paso del tiempo, las secciones relativas a los cambios en las estructuras del Estado son las que conservan mayor actualidad y originalidad. Finalmente allí están condensadas las principales transformaciones operadas por la revolución y su marca de mayor modernidad. Gracias a ellas, el Ecuador pudo

* TEHIS.

dejar atrás el siglo XIX dándole una nueva institucionalidad a las viejas aspiraciones de los líderes de la independencia: igualdad ante la ley, estabilidad e independencia de las funciones del Estado, extensión de la ciudadanía, etc.

Mi comentario consiste en un truco. Me parece imprescindible, a mediados de los años noventa, cambiar la pregunta al texto. Obviamente, si se la cambiamos, tendremos como resultado otro libro; un libro que no ha sido escrito. De todas formas, me parece que modernizando la pregunta de partida podemos mirar con otros ojos algunos de los datos presentados por el texto, algunas de sus explicaciones y podremos perfilar nuevas investigaciones.

A mediados de los noventa, quienes todavía queremos hacer y vivir una revolución socialista, no podemos iniciar un análisis preguntándonos sobre las condiciones y el carácter de una revolución. Debemos hacernos una pregunta previa: de qué manera y con qué límites puede una sociedad aceptar los cambios bruscos y profundos. En otros términos, cuáles son los factores de resistencia social a las revoluciones. Ninguna revolución es el resultado de la aplicación de los programas revolucionarios y ese resultado no puede explicarse por los "errores" en la conducción revolucionaria ni por las "traiciones" de los allegados al poder.

La pregunta surge, obviamente, de aquella crisis, hecha patente en la última década, de los programas revolucionarios socialistas en el mundo. La forma en que se reconstituyen sistemas de dominación e incluso clases sociales exterminadas, debe llamar la atención y el análisis de los socialistas. La burguesía cubana se reconstruyó y es muy poderosa a solo noventa kilómetros de la isla. Los mecanismos de acumulación de autoridad por parte de la burocracia en los países del este europeo es otro ejemplo de reorganización de modos de dominación que el socialismo pretendía subvertir.

Todos estos temas nos obligan a cambiar la mirada. Del Estado debemos pasar a la vida social. Las revoluciones afectan finalmente las íntimas convicciones de los ciudadanos, su manera de tratar a los semejantes, su vida cotidiana, la organización y las obligaciones de la familia. Ese es, finalmente, el sentido de la revoluciones: nadie está excluido ni puede esconderse debajo de la cama para perderse el paso del mundo.

Esa intromisión brusca y profunda de los cambios en las inercias sociales debe ser examinada. Entonces le cambiamos la mirada al libro: nos preocupamos menos de los cambios que de las persistencias. Esto nos obligaría a buscar otras fuentes para el análisis, ya no los informes ministeriales y de gobierno, ni los debates parlamentarios: la cotidianidad se refugia en los juzgados de lo civil y penal; allí tal vez encontraríamos indicios de cómo se vivieron los cambios en la sociedad.

Imaginemos la forma en que pudo recibirse por una sociedad profundamente católica, que identifica su religión con el intermediario de la Iglesia, el cura del

pueblo, el matrimonio civil. La revolución se entrometía en el nacimiento de los hijos, en las formas de hacer un compromiso social de instauración de la familia; en la forma de sancionar el paso de los muertos a la otra vida. En una palabra, en los dolores y las alegrías de las familias.

Para una mayoría iletrada, ¿qué pudo significar la instrucción pública laica? Qué pudo significar ese despojo de la autoridad del cura como maestro y guía ¿desprotección? ¿desamparo? ¿Era, para inicios de siglo, la instrucción una aspiración tan grande en las zonas rurales como lo es hoy? El despojo de la Iglesia de sus bienes, ¿cómo afectó al funcionamiento de las escuelas religiosas? La sensación de incertidumbre pudo ser muy grande entre las gentes de común.

Pero no solo la incertidumbre, sino una desestructuración de las confianzas sociales largamente arraigadas y formadas. En los pueblos, en las ciudades, en sus vínculos con el Estado, en sus relaciones con la escuela, se veían de pronto removidos los miembros del personal administrativo. Las funciones de intermediación, la estabilidad de los poderes locales, quedaban de pronto transformadas. A veces iban a parar a manos de desconocidos, a veces de enemigos. En una palabra, tal vez conviene indagar en los modos gracias a los cuales se forman las confianzas y los hábitos de delegación.

Nótese la importancia que adquiere aquí el tema de la administración de justicia. Recuérdese la importancia de los juzgados en la vida indígena desde la época colonial. Ayala le destina poco tiempo a esta función del Estado y ello se debe a que la administración de justicia cambió muy poco. Si enfocamos el tema de la persistencia antes que los cambios, la justicia adquiere otro cariz. ¿Cuál pudo ser su rol en medio de una relación entre el estado y la sociedad que se modificaba? Parece un factor de inercia, de enorme influencia en una sociedad sometida a transformaciones y donde la relación con la administración de justicia tiene una larga tradición de intermediarios, confianzas, desconfianzas y hábitos adquiridos.

Pero hay un aspecto señalado en el libro, aunque nunca analizado en sus implicaciones políticas y que guarda enorme importancia para entender las resistencias sociales a los cambios: el carácter estamental de la sociedad ecuatoriana. Cuando esos fervorosos revolucionarios costeños se encontraron con alturas andinas desconocidas (recordemos que Eloy Alfaro no conocía la ciudad de Quito cuando la tomó por asalto), su principal problema no fueron los paisajes desolados y ni siquiera los terratenientes conservadores (al fin y al cabo gente conocida), sino esa enorme y diversa masa de poblaciones indígenas que sus ojos confundían en una sola figura.

Los liberales nunca entendieron a los indios serranos, la inmensa mayoría de la población ecuatoriana. El principal ideólogo liberal, Abelardo Moncayo, ese mentalizador del estado laico, como dice Ayala, es un buen ejemplo de la imagen abstracta que se hicieron los liberales del sistema social imperante en los Andes ecuatorianos. En el fondo los indios son una pieza de su batalla contra los conservadores, pero falta una comprensión de aquellos a quienes se debe

administrar. Los conservadores fueron en eso mucho más hábiles y conocedores: no se puede sostener una población sujeta durante tantos años sin conocerla en detalle, sin manejar con eficiencia las redes de un sistema de legitimación de la autoridad y la dominación.

Este es un aspecto no tratado, cuando en el texto se hace un detallado sistema de distinciones regionales. Y su importancia es capital: pensemos en la ideología del mestizaje que logró imponer el liberalismo. La respuesta a su ignorancia étnica pareció consistir en transformar a los indios en mestizos. No eran muy originales en sus intenciones pero sí más efectivos. Mientras los conservadores se quejaban de la condición y la idiosincracia de "sus indios", pero la conocían para utilizarla en sus modos de dominar y por lo tanto pugñaban por volverlas funcionales a su dominio, los liberales transformaban la queja en un programa.

Sin duda debido a muchos factores que señalaban el mismo derrotero, las mayorías étnicas de inicios de siglo comenzaron a ser desplazadas hasta convertirse en las minorías étnicas que hoy conocemos. El proyecto de mestización liberal fue exitoso. Transformó una noción despreciada en un valor digno de ser alcanzado. Pero ¿qué efectos pudo tener en sus inicios sobre una población despreciada pero que manejaba también las ventajas de su condición étnica? Esos indios mestizados de las ciudades andinas debieron vivir los cambios de su identidad con cierta ansiedad e incertidumbre. Algunos por obligación, otros por compulsión social o física, otros por una convicción construida por el ideario liberal y por su específica forma de entender la modernización del Ecuador.

Desde estas problemáticas intrusiones en la vida diaria, desde el forcejeo con los hábitos adquiridos y las confianzas construidas, desde el manoseo de los sistemas de legitimidad social, desde el enfrentamiento a una sociedad estamental que jamás comprendieron; los liberales aprendieron a configurar un proyecto político posible en el marco siempre móvil, pero nunca lo suficientemente elástico de sus formas históricas de pensar y de anhelar los cambios.